

NEAR THE BORDER: CRÓNICAS FRONTERIZAS

Por Raúl de Jesús Vázquez Sánchez

¿Existen realmente los límites o son solo líneas que las aves no pueden ver?

Nota introductoria: En el año 2024, la compañía de danza Las Sangres, radicada en Xalapa y con más de 20 años de trabajo ininterrumpido, presentó la obra *OCRE: la línea ha muerto* en el premio Nacional de Danza Guillermo Arriaga en su edición 2024, celebrado en la ciudad de Xalapa, Veracruz, México. La pieza resultó finalista en la contienda y resultó ganadora del premio a mejor musicalización. El presente texto se desprende de una entrevista realizada el 6 de febrero de 2025, donde los integrantes de la compañía compartieron lo concerniente a su proceso creativo para la creación de la obra. Es a través de sus testimonios que se construyó el presente texto.

OCRE: La línea ha muerto

I

Estoy sentado en la sala Dagoberto Guillaumin del teatro del Estado —la sala chica, como nos gusta decirle—, la cristalera está a mi espalda, mis compañeros de la escuela y yo llegamos muy temprano, sabemos que esta es una ocasión especial: nuestros maestros participan en las semifinales del Premio Nacional de Danza Guillermo Arriaga que se ha dado lugar en la ciudad donde residimos. Para nuestra extraña capital donde, curiosamente, existe la primera Licenciatura en Danza Contemporánea del país, este es un suceso sin precedentes.

Toda la escuela va llegando de a poco al recinto y no solo ellos, sino todos los artistas y personalidades que han venido hasta aquí para ver las semifinales. Con mis compañeros compartimos con gran emoción que no podemos creer lo que estamos viviendo. Una adolescente emoción, aquella que solo conocemos cuando somos jóvenes, nos inunda. Tenemos esperanzas, grandes esperanzas de que Xalapa gane siendo el anfitrión, aunque nadie quiera admitirlo por miedo a que la superstición se haga cierta y termine por resultar lo contrario. Vemos desde lejos a nuestros maestros llegar a la puerta donde los artistas entran al recinto; los gritos y vítores se apoderan de nosotros, con una efusividad inusitada les deseamos lo mejor y nos brillan los ojos de sentirnos pertenecientes y representados.

El cielo está algo nublado. Xalapa se ha caracterizado en los últimos años por tener una bipolaridad climática que solo la hace más enigmática de lo que ya es. Uno no sabe si cargar con sombrilla, sombrero o chamarra y prefiere llenar la mochila de todas estas, por si acaso. Un viento serpentea por lo bajo, introduciendo su frío incluso por entre nuestras ropas y sabemos dentro de nosotros que pronto podría llover. Yo pienso que puede que sea un buen augurio, como en las bodas, donde pensamos que es de buena suerte que llueva sobre la corona de la novia.

Llega nuestra Secretaria Académica a repartirnos los boletos que amablemente han cedido a la escuela y por los que hemos estado haciendo guardia desde temprano para no perdernos ni un solo minuto del Encuentro. No me había percatado, pero la fila ya le ha dado la vuelta al teatro. Estamos separados en dos, el público en general y la Facultad de Danza de la Universidad Veracruzana. Me alegro en mi interior por ver la enorme respuesta de los estudiantes y sonrío desde mi corazón.

Nos dan la entrada al teatro. Ceremoniosa y tradicionalmente rompen nuestro boleto; yo me entristezco un poco porque quería guardarlo para el recuerdo, pero sigo mi camino. El lobby de cristalera nos recibe con su olor a hogar y todos corremos lo más rápido que podemos para poder escoger un buen lugar. Las paredes recubiertas de madera y el tratamiento acústico nos hacen sentir entrar a otra dimensión, llegamos al lugar donde en cuatro paredes cabe el universo entero. Es natural la magia que sentimos, muchas veces habíamos venido a esta misma sala, pero ahora, debajo de nuestra piel, nuestras voluntades estaban unidas por ser hermanos de una misma enseñanza.

El rumor se hace presente, escuchamos el murmullo ininteligible de todas las personas en la sala. Las luces, que estaban todas encendidas para darnos la bienvenida, lentamente, sin que lo advirtamos, se van diluyendo, creando la atmósfera tan enigmática del teatro. Sabemos que estamos por entrar a esa dimensión paralela de la escena y que por unos instantes no estaremos ni en este mundo ni en el otro y seremos partícipes del acto mágico que supone el arte.

Se anuncia la tercera llamada, hemos revisado previamente el programa de mano para asegurarnos de poder ver cuando nuestros maestros pasen. Son los últimos y la impaciencia crece dentro de nosotros. A cada número que se sucede, nuestros ánimos empiezan a cargarse dentro y estamos deseosos de ver la coreografía de Las Sangres. Pienso un poco en ese nombre y me quiebro la cabeza intentando descifrar el hilo de pensamiento que los condujo a escoger uno tan bueno.

Por fin se llega el tiempo de los maestros. *OCRE: La línea ha muerto*, el nombre me parece también bastante hermoso, estoy expectante de lo que veré. Un espacio diáfano, bañado de tonalidades cobrizas es lo que nos recibe en la pieza. Apenas ha terminado de abrir el telón y de inmediato, el paraje se torna desértico, tanto, que es casi palpable el polvo en la nariz y la temperatura del teatro sube exponencialmente. Veo, dentro de mí, una estera de paja rodando y sacudiendo la arena de este árido paisaje, aunque en realidad solo me sea posible ver el negro del linóleo en el teatro.

Este desierto destina al que nos hemos embarcado se baña por luces que clarean a lo lejos semeando un calor abrasador. Las motitas de arena bailan en el aire y las observamos gracias a los candiles que les hacen de rayos x, permitiéndonos apreciar su, hasta entonces, inadvertida danza.